

EL CONCEPTO DE TRABAJO ORDINARIO Y SU SANTIFICACIÓN EN SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER¹

Teresa Aguirre Quintana
Universidad de los Andes

El día 7 de agosto de 1931, la diócesis de Madrid celebraba la fiesta de la Transfiguración. Durante la Santa Misa, al alzar la sagrada hostia, Josemaría Escrivá de Balaguer oyó *otra voz sin ruido de palabras*² que grabó a fuego en su alma las palabras de Cristo en Juan 12, 32: "*Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*"³ Entonces comprendió "que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas"⁴.

A la luz de este hecho, central en la vida de san Josemaría Escrivá de Balaguer, y en la historia del Opus Dei; y a la del

¹ Artículo para presentar en el marco del Proyecto PER 002-02, realizado gracias al Fondo de Ayuda a la Investigación de la Universidad de los Andes. Basado en el estudio de Pedro Rodríguez "*Omnia traham ad meipsum. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Josemaría Escrivá de Balaguer*" en "*Romana*" 13, *Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, Roma VII-XII de 1991, pp. 331-352. En este artículo no se pretende agotar exhaustivamente el tema de la santificación del trabajo en san Josemaría, puesto que tal intento abarcaría muchísimo más que un simple artículo. Se pretende expresar lo nuclear de su mensaje para entender el influjo que este tiene en la vida de un cristiano corriente que vive en medio de la calle, y en la sociedad.

² Cfr. Cartas 29-XII-1947, 14-II-1966, n. 89, en Pedro Rodríguez op. cit. p. 331.

³ La traducción de estas palabras según la versión de la Neovulgata es "Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí". Ahora bien, san Josemaría las oyó en latín por eso las citamos en latín y según la versión de la Vulgata que, en vez de decir *omnes* -todos-, dice *omnia* -todo-.

⁴ Apuntes íntimos, n. 217, en Pedro Rodríguez, op. cit. p. 331.

estudio de Pedro Rodríguez, procuraré trazar las principales líneas del núcleo del espíritu que el santo vio para el Opus Dei y como voluntad de Dios para ser proclamada en todo el mundo: la santificación en y de las realidades temporales, y su fundamento teológico. Para realizarlo, me regiré por un esquema tripartito, tal como sigue.

1. LA CREACIÓN Y ELEVACIÓN AL ORDEN SOBRENATURAL

En el primer capítulo del libro del Génesis (vv. 4 – 31), se lee de modo claro e insistente que toda la obra de la creación, con cada uno de los elementos que la componen y, de modo eminente, el hombre, es buena: “Y vio Dios todo lo que había hecho; y he aquí que era muy bueno”. (*Génesis*, 1, 31). Y no sólo buena, sino muy buena porque Dios, infinitamente sabio y bueno no puede hacer nada defectuoso: “Lo he enseñado constantemente con las palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yavéh lo miró y vio que era bueno”⁵.

Las cosas en cuanto que tienen el ser son buenas, tienen un valor intrínseco, y dan gloria a su Creador en la medida en que son y se “comportan” de acuerdo con el fin o designio de Dios para cada una de ellas.

Santo Tomás de Aquino en la cuestión 28 de la primera parte de la *Suma Teológica*, dice que todas las cosas tienden según un apetito natural al fin dado por el Autor de la naturaleza. Las cosas o criaturas que carecen de entendimiento, son dirigidas al fin por “otro” que sí es inteligente, un ente personal. Este es Dios que gobierna la creación con perfecta sabiduría –es lo que se conoce como Ley Eterna-. Sin embargo, podríamos decir que, en un “arranque de amorosa liberalidad”, sin necesitarlo, quiso crear “quienes” pudiesen cooperar con su inteligencia y operación libre, en la creación, ordenándola a su fin. De este modo, estas criaturas –ángeles y hombres- podrían participar de su obra creadora y así darle gloria: precisamente el fin de toda persona creada es conocer

⁵ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Homilía “Amar al mundo apasionadamente”, 114.

y amar a Dios, ordenando libremente su obrar y la creación entera a la gloria de Dios: Las criaturas personales se dirigen por sí mismas a su fin, por el conocimiento y el amor. Podemos decir, entonces, que Dios ha querido contar con la libre cooperación de las personas creadas para dirigir la creación al cumplimiento de su fin: manifestar la belleza, orden y perfección del Creador.

El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios para dominar y hacer fructificar el mundo: para trabajarlo. "El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén para que lo trabajara y lo guardara [...]. El Señor Dios formó de la tierra todos los animales del campo y todas las aves del cielo, y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, de modo que cada ser vivo tuviera el nombre que él le hubiera impuesto." (*Génesis*, 2, 15-16; 19). Las palabras del Espíritu Santo en este trozo nos detallan el trabajo realizado por Adán: custodiar la tierra y poner nombre a todas las criaturas que la habitan; ese es el nombre que tienen: es interesante notar que en la Sagrada Escritura el nombre efectivamente dice lo que nombra, desvela su naturaleza o esencia. Queda esto claro en el pasaje del libro del *Exodo* (3, 14), cuando Yavéh accede a decir su nombre propio a Moisés para que lo revele a los hijos de Israel. Conocer el nombre es conocer la realidad nombrada. El trabajo supone, entonces y permite la ciencia.

En este contexto podemos llamar con toda propiedad trabajo a todo esfuerzo libre –inteligente y amoroso, liberal– del hombre para dirigir las cosas a su fin, a Dios, según el modo de ser de cada una –conocido con verdad– y, de este modo, ordenarse él mismo a Dios. Trabajando las cosas, el hombre actualiza las diversas potencialidades contenidas en ellas y en sí mismo. Esto requiere el conocimiento de la realidad que se trabaja, del mismo hombre como sujeto del trabajo, y de Dios que les ha dado el ser, revelándose así como el primero y el que más radicalmente *trabaja u opera*.

Es, también, la Sagrada Escritura la que nos dice que Dios ha querido que el hombre alcance este fin no en soledad, sino en colaboración con otros: "No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle una ayuda adecuada para él." (*Génesis*, 2, 18) Por naturaleza, el hombre no solo tiene una destinación al conocimiento de la realidad y al trabajo, de manera que esto le ayude a descubrir y amar a su Creador; sino que por ser persona,

a imagen y semejanza de Dios, no es posible entenderlo viviendo solamente para sí mismo en una soledad: está hecho, ha sido creado para conocer y amar a Dios, de alguna manera, a través de sus semejantes (cfr. Const. Past. *Gaudium et spes*, 24).

Sin embargo, Dios, Uno en naturaleza, Trino en Personas, "fue más lejos" elevando libremente al hombre al orden sobrenatural, haciéndole participar de su naturaleza divina (cfr. *II Pedro*, 1, 4) adoptándolo como hijo en el Hijo. Si toda la creación tiene como ejemplar a Jesucristo "El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas..." (*Colosenses*, 1, 15-16, cfr. *Juan*, 1, 3; 10); el hombre, visto a la luz del misterio de la Encarnación del Verbo, está llamado a identificarse con Cristo⁶, y todo su obrar adquiere un sentido nuevo: se convierte en medio de santificación o, con palabras fuertes de S. Tomás de Aquino recogidas por el Beato Escrivá de Balaguer, se convierte en medio de endiosamiento. Toda la creación, incluidas las realidades más materiales, al ser trabajadas por el cristiano, pueden ser elevadas al orden de la gracia: pueden ser santificadas; "Los hijos de Dios no debemos desentendernos de las actividades terrenas, en las que nos coloca Dios para santificarlas, para impregnarlas de nuestra fe bendita, la única que trae la verdadera paz, alegría auténtica a las almas y a los distintos ambientes. [...] Urge cristianizar la sociedad; llevar a todos los estratos de esta humanidad nuestra el sentido sobrenatural, de modo que unos y otros nos empeñemos en elevar al orden de la gracia el quehacer diario, la profesión u oficio. De esta forma todas las ocupaciones humanas se iluminan con una esperanza nueva, que trasciende el tiempo y la caducidad de lo mundano"⁷. Más adelante, al hablar de la redención subjetiva, nos referiremos con mayor profundidad a este aspecto.

2. EL PECADO

La rebelión o desobediencia del hombre frente a Dios trajo como consecuencia el desorden en toda la creación incluida la naturaleza humana. El hombre puso en duda el mandato de Dios,

⁶ Cfr. *Epl* 1, 2-12; *Conversaciones...*, 58; *Amigos de Dios*, 229.

⁷ *Amigos de Dios*, 210.

dejó que le invadiera la sospecha⁸: No sometió su inteligencia y su voluntad al plan de Dios para él. Por esto, al romperse la relación de amistad con Dios, con la rebelión, se introduce cierta disgregación en el mundo: El hombre con dificultad conocerá la verdad y obrará el bien, la naturaleza irracional se tornará agresiva y estéril (cfr. *Génesis* 3, 17-19). El trabajo será fatigoso, difícil y, muchas veces infructuoso: desde una perspectiva sobrenatural, trascendente, será absolutamente inútil, puesto que con el pecado el hombre ha perdido la gracia.

3. LA REDENCIÓN OBJETIVA LLEVADA A CABO A TRAVÉS DEL MISTERIO PASCUAL DE CRISTO, Y LA REDENCIÓN SUBJETIVA REALIZADA A TRAVÉS DEL TRABAJO ORDINARIO

“Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así conviene que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea tenga vida eterna en él.” (*Juan* 3, 14 -15).

Unas palabras que el fundador del Opus Dei pronunció en una homilía con ocasión de la fiesta del Sagrado Corazón desarrollan esta misma idea: “Jesús en la Cruz, con el corazón traspasado de amor por los hombres, es una respuesta elocuente -sobran las palabras- a la pregunta por el valor de las cosas y las personas. Valen tanto los hombres, su vida y su felicidad, que el mismo Dios se entrega para redimirlo, para limpiarlos, para elevarlos”⁹.

Vemos el amor de la Trinidad Santísima por el hombre y por toda la creación: el pecado ha provocado un gran desorden, pero no ha podido aniquilar ni corromper totalmente la obra de Dios. Sin embargo esta ya no tiene como alcanzar su fin último, fin que por don gratuito de Dios, es sobrenatural. Pero Dios manifiesta el valor que Él mismo ha dado al hombre y a las cosas, en su decisión libérrima de redimirlas. Para esto entrega a su Hijo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad. El Verbo asume la naturaleza humana “de María Virgen” (Símbolo

⁸ Cfr. Juan Pablo II Enc. *Dominum et sacrificantem*

⁹ *Es Cristo que pasa*, 165

Nicenoconstantinopolitano), para constituirse en perfecto mediador entre Dios y los hombres. En Él se da la plenitud de la creación (cfr. *Colosenses* 1, 15) y, a la vez, se revela la “plenitud de la divinidad corporalmente” (*Colosenses* 2, 9).

Jesucristo, Primogénito de toda criatura, sometándose libremente y por entero al designio salvador de Dios, por amor al Padre y a los hombres, pacifica y restablece el orden de toda la creación. Entregándose, somete nuevamente la creación al imperio de Dios; por eso el Padre le exalta y le da el señorío, en cuanto hombre, sobre todo el universo (cfr. *Filipenses* 2, 5-11), “Pax Christi in regno Christi...”¹⁰ “Esa cruz alzada sobre la tierra, aunque no es todavía formalmente la glorificación de Jesús, apunta cristológicamente a la resurrección y ascensión de Jesús al Padre, es decir, a la glorificación de Cristo en sentido estricto; pues la Cruz, al ser el lugar eminente de la obediencia de Cristo al Padre, se constituye por ello mismo en el camino de la glorificación de Jesús, anticipando la gloria de Cristo a los ojos de la fe (cfr. *Isaías* 52, 13). Esta consideración cristológica comporta esta otra soteriológica: esta Cruz es *gloriosa* porque en ella se revela con la máxima intensidad el misterio del infinito amor de Dios a la humanidad y a toda la creación: “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito...” (*Juan* 3, 16). [...] La Cruz es gloriosa porque el enemigo ha sido vencido en ella de manera total, y la *tractio* –atracción– divina de la Cruz no tiene otro límite, por decirlo con expresión de Schnackenburg, que la resistencia de la incredulidad¹¹.

El pasaje de *Juan* 12, 32, “*Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*”, en el contexto de la experiencia de Josemaría Escrivá de Balaguer, se debe entender como sigue: “cuando un día, en la quietud de una iglesia madrileña, yo me sentía ¡nada! -no poca cosa, poca cosa hubiera sido algo- pensaba: ¿tú quieres, Señor, que haga toda esta maravilla? [...] allá, en el fondo del alma, entendí con un sentido nuevo, pleno, aquellas palabras de la Escritura: “*Et ego, si exaltatus fuero a terra omnia traham ad meipsum*”. Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la

¹⁰ *Camino*, 301. La traducción de estas palabras –en latín en el original– es “La paz de Cristo en el reino de Cristo”.

¹¹ Pedro Rodríguez, op. cit., pp. 333, 334.

tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño... entonces *omnia traham ad meipsum!* ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!"¹².

Análogamente a lo que sucede en la creación, a la que Dios quiere asociar el trabajo humano; junto con redimirla, Dios quiere servirse del modo de ser y de obrar –libres- del hombre; para extender el influjo de su acción redentora a todos los ámbitos y a todas las personas. Es lo que se conoce como redención subjetiva. Ésta depende de la redención objetiva, "la que Cristo hizo de una vez por todas [...] en su vida, muerte y resurrección: desde Belén a la gloria del Padre [...] la redención subjetiva vendría a ser el despliegue espacial y temporal de esa redención objetiva –merecida por Cristo en la Cruz- en los hombres y mujeres concretos; nuclearmente se identifica con la *tractio* de Cristo en la Cruz, que alcanza al hombre concreto; se realiza en el mundo por la misión del Espíritu y la mediación de la Iglesia (orden de la sacramentalidad) y se finaliza en el Dios Trino a través de la Iglesia misma en cuanto que es comunión de los hombres con Dios, incoada *in terris* –en la tierra-, consumada *in patria* –en la patria (celestial)¹³–.

Citaré aquí un texto –extenso- muy claro y que resume lo que venimos diciendo hasta este momento. Luego, a partir de él y, recogiendo algunos puntos de *Camino* y *Forja*, procuraré desarrollar en pocos párrafos cómo el hombre concreto vuelve a "alzar a Cristo en las realidades temporales", para hacerle presente con su obra redentora en ellas y, a los demás hombres:

"Esto es realizable, no es un sueño inútil. ¡Si los hombres nos decidiésemos a albergar en nuestros corazones el amor de Dios! Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: "*et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*", si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y

¹² "Meditación" 27 – X – 1963, en Pedro Rodríguez, op. cit, p. 340.

¹³ P. Rodríguez, op. cit. pp. 344, 345; cfr. *Es Cristo que pasa*, 105.

en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!

“Cristo, Nuestro Señor, sigue empeñado en esta siembra de salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado.

“Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que –por obra del Espíritu Santo- tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, *“adoptionem filiorum recipereamus.”* [“recibiésemos la adopción de hijos”.] (Gálatas, 4, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a esta hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios liberar el universo entero del desorden, restaurando las cosas en Cristo, que las ha reconciliado con Dios.

“A esto hemos sido llamados los cristianos, esa es nuestra tarea apostólica y el afán que nos debe comer el alma [...]. El cristiano vive en el mundo con pleno derecho, por ser hombre. Si acepta que en su corazón habite Cristo, que reine Cristo, en todo su quehacer humano se encontrará –bien fuerte- la eficacia salvadora del Señor”¹⁴.

El cristiano puede convertir sus tareas diarias en obrar divino por la gracia de Dios, y dirigiéndolo a la gloria de Dios. En este trabajo, en el que se le presentarán innumerables ocasiones de ejercitar las virtudes, deberá vencer la fatiga, las personales limitaciones e, incluso, la ignorancia y la inclinación a apropiarse de todo el mérito de la obra, para descubrir y realizar el plan de Dios para él, para cada cosa que tenga entre manos, y para quienes le rodean¹⁵. Es este esfuerzo el que se requiere para que las personas nos dirijamos a Dios, y con nuestro trabajo dirigir toda la creación a su fin: Dios. Es en este trabajo esforzado, donde los hombres encuentran la Cruz salvadora, porque Dios en su infinita sabiduría ha querido, misericordiosa y misteriosamente,

¹⁴ *Es Cristo que pasa*, 183, Homilia “Cristo Rey”.

¹⁵ Cfr. *Forja*, 685; cfr. Carta 14 – II – 1974, 24, en Pedro Rodríguez, op. cit., p. 347.

incluir el sufrimiento que surgió como consecuencia directa del pecado, en la economía redentora.

Decíamos al principio que todo esto requiere, entre otras condiciones, conocer la realidad para procurar que cada entidad que la compone se despliegue y obre según su naturaleza, que es lo mismo que decir, de acuerdo al plan creador; pero, la primera condición para hacer de todo "obra divina" es estar en gracia de Dios. De este modo el cristiano "trata las cosas y a la personas" como lo haría y lo hizo en su vida terrena, Jesucristo, al trabajar en Nazaret, en su vida pública, en su sacrificio en la Cruz; y, así, cada cristiano, a pesar de su pequeñez personal, por estar injertado en Cristo, "atrae a los demás a Cristo"¹⁶.

Se descubre más claramente el valor redentor de la vida ordinaria y de las llamadas *cosas pequeñas* por Josemaría Escrivá de Balaguer, insertas en la unidad de vida del hijo de Dios: "Esfuérzate para responder, en cada instante, a lo que te pide Dios: ten voluntad de amarle con obras. Con obras pequeñas, pero sin dejar ni una"¹⁷. Lo único que verdaderamente tiene el hombre para entregar a Dios es el momento presente, que suele ser menudo, el deber de cada "ahora". No se trata de hacer una escisión entre lo que según las categorías humanas es importante o no, todo *-omnia-* es importante a los ojos de Dios que es quien ha hecho la realidad, y esta se compone de cosas pequeñas¹⁸. Si se trata de atraer toda la creación a Dios, se debe procurar que cada una de las realidades que la componen actualicen su potencialidad lo más perfectamente posible: lo perfecto es lo acabado, lo pleno, lo bueno, y es el hijo de Dios —el cristiano— quien por el amor busca realizar el proyecto divino para todas las cosas en toda su extensión y profundidad. Y, precisamente le llamamos cristiano, porque se le han aplicado los méritos de Cristo y ha sido hecho miembro suyo en su Iglesia (cfr. I Cor) por el bautismo. Es él, quien a la luz de la fe, descubre ese *quid divinum* —ese algo o qué divino— presente en todas las cosas, en todos los niveles y aspectos de la realidad. Y, lo más importante, sabe ver en los demás otros cristos o personas llamadas a serlo por medio de su inserción en el misterio pascual. Entonces, si se

¹⁶ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 14

¹⁷ *Forja*, 82

¹⁸ Cfr. *Camino*, 815, 817, 826 y 827

esfuerzo por actuar en consecuencia con esa visión, refleja en toda su actuación a Cristo y, así, da la ocasión para que los demás “vean” a Cristo, “crean” en Él y “sean atraídos” por Él. Todo esto se desarrolla en la vida corriente y por ello, juega un papel importantísimo la fe o “la visión sobrenatural”, y encuentra su ejemplar en la vida oculta de Jesús: Él al asumir la naturaleza humana y su ámbito “natural” –nacimiento, familia, trabajo...¹⁹– las redime, las eleva al plano sobrenatural, santificándolas y convirtiéndolas en medio de santificación.

Por la obediencia se ha hecho la redención. Obedecer es hacer que cada cosa “se realice a la perfección”, que cumpla el fin para el que se le ha dado el ser: que cumpla su ser. La obediencia en su sentido más profundo es hacer justicia a la realidad, darle su curso adecuado. Y para las personas es la perfección de la libertad²⁰. Obedeciendo amorosamente –de lo contrario, no se puede hablar de obediencia–, hasta en los detalles (cfr. *Filipenses*, 2, 7 – 8; *Forja*, 82), se instaura el reinado de Cristo sobre la tierra: se le coloca en la cumbre y entraña de todas las actividades. La cumbre y la entraña propiamente son las personas “hombres y mujeres suyos”, más que las cosas, pues son aquellas las que con su obrar personal –trabajo–, las ordenan a Dios. “Todas las cosas de la tierra, pues, también las criaturas materiales, también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios –ya ahora, después del pecado, redimidas, reconciliadas–, cada una según su propia naturaleza, según el fin inmediato que Dios le ha dado, pero sabiendo ver su último destino sobrenatural en Jesucristo: “porque quiso el Padre poner en Él la plenitud de todo ser y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz” (*Colosenses*, I, 19 y 20). Hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas”²¹.

La redención y la *tractio* se realiza desde la Cruz. La Santa Misa, renovación sacramental del sacrificio de la Cruz se revela como el centro y la raíz de la vida cristiana: “Misteriosamente –sacramentalmente– en la celebración de la Eucaristía se hace

¹⁹ Cfr. *Conversaciones*, 114, 121; *Es Cristo que pasa*, 14.

²⁰ Cfr. *Amigos de Dios*, 26 – 31.

²¹ Carta 19 – III – 1954, n. 7, en Pedro Rodríguez, op. cit., p. 343, nota 42.

presente la "exaltación" de Cristo en la Cruz, y consecuentemente, la *tractio* del Crucificado [...]. Esta dimensión eucarística de Juan 12, 32 en la comprensión de Mons. Escrivá de Balaguer apunta muy exactamente a su doctrina del cristiano *ipse Christus* [el mismo Cristo]. Ser "alma de Eucaristía" [...] (cfr. *Forja*, 835) era para él una manera de intimidad e identificación con Cristo que testimonia y trasparenta a Cristo para los demás. En el cristiano los hombres tienen que poder *reconocer* a Cristo. Por eso decía que los cristianos habíamos de ser "viriles", en el sentido del ostensorio que muestra a Cristo: "Vamos, pues, a pedir al Señor que nos conceda ser almas de Eucaristía, que nuestro trato personal con Él se exprese en alegría, en serenidad, en afán de justicia. Y facilitaremos a los demás la tarea de *reconocer* a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas. Se cumplirá la promesa de Jesús: "Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí." (*Es Cristo que pasa*, 156)"²².

²² P. Rodríguez, o. cit., pp. 349, 350

BIBLIOGRAFÍA

P. RODRÍGUEZ, "*Omnia traham ad meipsum*. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer", *Studi*, "Romana" 2/1991, año VII, n. 13.

Biblia Sacra iuxta Vulgatam Clementinam, Colunga – Terrado, 3ª ed. B.A.C., Madrid, 1959.

Sagrada Biblia, *Pentateuco*, EUNSA, Pamplona 1997.

Sagrada Biblia, tomos 4, 6 y 8, 2ª edición renovada, EUNSA, Pamplona, 1992.

J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, 30ª ed. española, Rialp, Madrid 1976.

Es Cristo que pasa. Homilías, 6ª ed. Rialp, Madrid 1973.

Amigos de Dios. Homilías, 6ª ed. española, Rialp, Madrid, 1980.

Forja, 4ª ed. española, Rialp, Madrid 1987.

Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, 4ª ed. Rialp, Madrid 1980 (Especialmente la homilía incluida al final "Amar al mundo apasionadamente").

Otra bibliografía citada por Pedro Rodríguez en su estudio, se señala en el curso del texto.